

LOS CRONISTAS DE LA CONQUISTA. MOLINA, OVIEDO, GOMARA Y LAS CASAS

*Por RAUL PORRAS BARRENECHEA,
Profesor de Historia del Perú en la Universidad Católica.*

EL SOCHANTRE CRISTOBAL DE MOLINA (EL CHILENO)

(1494-1578)

Hubo dos Cristóbal de Molina. Los dos, clérigos y cronistas, que vivieron en los mismos años, residieron en el Cuzco y se ocuparon de los ritos de los Inkas. El uno, al que se ha llamado el chileno y también "el almagrista", fué español, estuvo con Almagro en la conquista de Chile, fue chantre en Lima y sochantre en Santiago y se le adjudica la paternidad de una crónica sobre la conquista del Perú, escrita en 1552. El otro fué, según se dice, cuzqueño o mestizo, quechuista, cura de la Parroquia de los Remedios en el Cuzco y autor de "Los Ritos y Fábulas de los Incas", escrito por el año 1576, y de dos obras más que se han perdido.

Antes se había creído que ambos Molinas eran uno solo. Don Carlos A. Romero los dividió de un tajo, y desde entonces tenemos dos Molinas: el cuzqueño y el chileno impropriamente llamado el almagrista. No sería raro que en el futuro alguien los pegara de nuevo y resultaran uno solo, o acaso tres.

El primer problema referente a Molina el chileno es el de saber qué datos biográficos le corresponden y cuáles a su homónimo, no habiéndolos diferenciado nadie antes de Romero. Lo más cuerdo es atenerse en esto a la división de bienes biográficos hecha por la autorizada opinión del erudito peruano, agregando los datos aparecidos después de ella.

Molina el chileno habría nacido, según Medina, en Legamiel, cerca de Huete en 1594, siendo hijo de Mateo Hernández y Catalina Sánchez, fué presbítero y murió siendo Sochantre en Santiago

hacia 1580. El testamento de este Cristóbal Pérez de Molina, que existe en el Archivo de Indias, fue otorgado en Santiago el 28 de Setiembre de 1574 y su codicilo el 7 de Julio de 1577, fechas que difieren de las que dá Romero tomándolas de Medina.

En la información de Gaspar de Espinosa él mismo declara que hallándose en 1532 en Santo Domingo, fué a Panamá, que el 4 de Abril de 1534 se hizo a la vela para el Perú, que estuvo 40 días en el río San Juan y tuvieron que regresar a Panamá. Romero dice que Molina se fué a España, pero él mismo declara que "no vino en el navío por quedarse en Tierra Firme". Vino enseguida con Alonso de Montemayor y Noguero de Ulloa, según consta de la información de Diego de Encinas. En 1556 declaró en un juicio haber llegado "el año pasado de treinta e cinco por el mes de abril".

Por un memorial del "sochantre Cristóbal de Molina" al Rey, de Lima a 12 de Junio de 1539, se sabe que, apenas llegado al Perú, acompañó a Almagro en su viaje de descubrimiento de Chile (1535-1536). En su codicilo de 8 de Julio de 1538, Almagro manda pagar al "sochantre Cristóbal de Molina" 3.000 pesos de oro por un caballo que le dió en Chile. Molina declara en su carta al Rey que no se ha mezclado en las contiendas civiles porque es sacerdote y que ha trazado "por dibuxo" todo el camino de Tumbez al río Maule en Chile y que en él "van figuradas las naciones e gentes, traxes, propiedades, ritos e cerymonias cada qual en su manera de vivir e la manera de los caminos e calidad de la tierra". Esta obra o itinerario, no se conviene absolutamente con la crónica que hoy se adjudica a Molina. También declara el clérigo que es "ya entrado en días" en 1539.

Este año aparece también en Lima en diversos documentos como cura y vicario de la parroquia del Sagrario. Por esta misma época hubo en Lima otro homónimo — ¿el tercer Cristóbal de Molina? — que era naviero o escribano de navío. El rastro de Molina se pierde o se confunde con otros hasta 1551, en que aparece como "sochantre" de la Catedral de Lima dando un poder para cobrar en España la deuda reconocida en el testamento de Almagro y el mismo año la hija de Pizarro le hace capellán — ¡ai almagrista! — de la capilla en que han de reposar los restos de D. Francisco Pizarro. En 1552 declara en Lima, en la información de Espinosa, tener 57 años. Este año habría compuesto su crónica en

Lima, según se desprende del texto de ésta. En 1555 el "sochantre Cristóbal de Molina", declara en un juicio, en Lima, tener 60 años de edad. En 11 de abril de 1556 estaba aún en Lima y era Sochantre de la Catedral.

Dícese que Molina se fué a Chile con D. García Hurtado de Mendoza, que le acompañó en sus campañas y que estuvo en la conquista de Cuyo, y fué vecino de Mendoza — ¿el padre o el sochantre? — distinguiéndose por su amor a los naturales. En 1563 Góngora Marmolejo le cita como Sochantre de Charcas. En 1564 el sochantre estaba en Lima, volvió luego a Chile donde fué Cura, vicario General y Sochantre según Romero. En 1563 tuvo una ruidosa cuestión de jurisdicción con el poder civil, siendo apresado. En 1574 testó y en 1577 hizo su codicilo. En 1578 se dice que estaba casi demente, no decía misa por su mucha edad y "es como niño que aun el oficio divino no reza". Murió hacia 1580, en Santiago de Chile.

Si es confuso el problema biográfico de Cristóbal de Molina, no lo es menos el relativo a la paternidad de la crónica que se le atribuye.

La crónica atribuida al sochantre Molina existe en el Archivo de Indias, anónima, sin fecha ni firma. Ternaux Compans la atribuyó a fray Marcos de Niza. Barros Arana la publicó en 1873 como anónima. Jiménez de la Espada la atribuyó a Cristóbal de Molina, tesis de la que ha sido el principal defensor don Carlos A. Romero. Este dice que el cronista declara en su crónica ser clérigo y haber acompañado a Almagro en el descubrimiento de Chile. Según Romero "tres religiosos acompañaron a Almagro en su expedición a Chile: dos mercedarios, los padres fray Antonio Rondón y Francisco Ruiz y un clérigo: Cristóbal de Molina. El autor de la Relación declara que fué clérigo y que acompañó a Almagro: luego blanca, migada y en taza... no pudo ser otro que Cristóbal de Molina". Mister Means repite lo mismo: "como ya se sabe que sólo un clérigo fue con Almagro a Chile y que éste se llamaba Cristóbal de Molina la omisión puede ser fácilmente salvada..."

Hay a mi juicio, sin descartar la tesis de Cristóbal de Molina, dos errores en este razonamiento. En primer lugar, el cronista no dice, en ningún lugar de la crónica, que él sea clérigo. Pudo ser clérigo o fraile. Se deduce de sus ideas y expresiones que es un

religioso, como lo anotó Muñoz. En segundo lugar, en la expedición a Chile fueron muchos más religiosos que los anotados por Romero y, entre ellos, por lo menos tres clérigos: Bartolomé de Segovia, Rodrigo Pérez y, Cristóbal de Molina. Cualquiera de ellos podría ser el cronista aunque siempre son mayores las posibilidades en favor de Molina. El arcediano Pérez murió en Lima en Setiembre de 1550 y no puede ser el autor de la crónica en la que hay referencias al año 1552. El padre Bartolomé de Segovia, en cambio, podría serlo por algunos antecedentes y coincidencias. Segovia, natural de Talavera de la Reina, llegó al Perú en 1534 y, fué de San Miguel de Piura a Quito, probablemente con Almagro. En Riobamba sirvió de intermediario entre Almagro y Alvarado. El cronista anónimo relata con bastante extensión estos hechos en los que Molina, por entonces en Tierra Firme, no intervino. El relato del viaje de Alvarado y Almagro de Quito a San Miguel y el traslado de esta ciudad de Tangarara a Piura, parecen también provenir de un testigo presencial. Segovia fué enseguida al Cuzco e intervino en conciliar a Almagro y Pizarro. Fué Segovia el clérigo que partió la hostia entre los dos gobernadores como señal de paz. Este hecho de la partición de la hostia se refiere varias veces en la crónica, con alguna insistencia. Segovia va enseguida a Chile con Almagro y regresa con éste. En 1538 estaba en el Cuzco. Almagro en su testamento declara deberle 3.500 pesos. En 1557 estaba aún en el Perú, se hallaba de paso en Arequipa y reclamaba a la corona los pesos que le debía Almagro.

La crónica, sea su autor Molina o Segovia, o cualquiera otro, se ha publicado siempre bajo el título "*Conquista y población del Perú*", aunque su autor quiso más que se llamase "*Destrucción del Perú*". El padre Las Casas la conoció y copió, literalmente, en su Historia Apologética, llamando a su autor "un seglar". Prescott la cita como anónima.

La crónica es breve. Contiene un relato apresurado de la conquista, principalmente desde 1534, -- aunque haga una síntesis de los sucesos anteriores -- hasta la derrota de Alonso de Alvarado en Abancay (1537) en que se suspende intempestivamente la narración. El autor no se interesa mucho en la trama de los sucesos del descubrimiento ni de la guerra civil, salvo en aquellos en que aparece haber intervenido: conquista de Quito, concierto entre Al-

magro y Pizarro, expedición a Chile, preliminares de la guerra de las Salinas. Su simpatía por Almagro no es tan rotunda como para llamarle el almagrista, antes bien le censura a menudo. Lo que le preocupa es la condición de los naturales, los maltratos de los conquistadores a éstos, principalmente los infligidos por Almagro a los indios que llevó a Chile y también las leyendas y costumbres indígenas, sobre todo sus ritos, supersticiones y fiestas religiosas, lo que hace pensar en la identidad del sochantre Molina con el clérigo cuzqueño, autor de las Fábulas y Ritos. El cronista trasciende simpatía por los indios, acusa a los españoles, como Las Casas, de la destrucción de las Indias, pero, no obstante esto, es un precursor de la llamada escuela toledana, por que afirma que la expansión inkaica comenzó solo con Tupac Inka Yupanqui.

BIBLIOGRAFIA:

MANUSCRITOS:

1552.—El manuscrito de esta crónica, muy deteriorado, se conserva en el Archivo de Indias (Patronato 28, r-12). Su título es como sigue:

J. H. U. S.—Relación de muchas cosas acaescidas en el Perú, en suma, para entender a la letra la manera que se tuvo en la conquista y poblazon destos reinos, y para entender con quanto daño y perjuicio se hizo de todos los naturales universalmente desta tierra, y como por la mala costumbre de los primeros se ha continuado hasta hoy la grande vexacion y destruicion de la tierra, por donde evidentemente parece faltan mas de las tres partes de los naturales de la tierra, y si Nuestro Señor no trae remedio, presto se acabaran los mas de los que quedan; por manera que lo que aquí tratare mas se podra decir destruicion del Peru, que conquista ni poblazon”.

1842.—Romero y Means dan como primera fecha de la publicación el año 1873 en Chile. Antes fué sin embargo publicada en francés por Ternaux Compans en sus “Nouvelles annales des voyages et des sciences géographiques”. 1842.—Tomo IV, págs. 258 a 334. Es una traducción algo abigarrada con bastantes errores, v. g.: un juez de la Audiencia de Santo Domingo se convierte en un fraile dominico. Ternaux atribuye la crónica a Fray Marcos de Niza, quien no puede ser el autor, pues entró al Perú y salió con Pedro de Alvarado, en 1534, y no conoció el Cuzco ni fué a Chile.

- 1873.—Edición de la Revista Sudamérica (por Diego Barros Arana, según copia sacada por él en 1859 del original).
- 1895.—Reeditada por José Toribio Medina en Colección de Documentos inéditos para la historia de Chile.—Tomo VII, págs. 428 a 482, Santiago. (Medina declara tomarla de la edición de 1873. Trae algunos errores de bulto y trasgresiones del texto. Estos errores no aparecen en la copia de Ternaux Compans, que tuvo los suyos propios, lo que hace suponer que provengan de la copia de Barros Arana).
- 1916.—Edición de la Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú.—Serie I, Tomo I. (Tomada de la edición de Medina con los mismos errores que ésta).

REFERENCIAS:

Medina José Toribio.—Diccionario biográfico colonial de Chile.—Santiago, 1906.

Thayer Ojeda Tomás.—Biografía de Cristóbal de Molina.—Revista Chilena de Historia y Geografía.—1913.—Tomo V. Los dos Cristóbal de Molina.—Id.—1920.—Tomo XXXVI, págs. 1 a 46.

Carlos A. Romero.—Prólogo a la edición de 1916.—Los dos Cristóbal de Molina.

GONZALO FERNANDEZ DE OVIEDO

(1478-1557)

“*Antes se me acabe la vida que la verdad*”, se vió obligado a decir este cronista en defensa de su imparcialidad al escribir las cosas del Perú. No era capaz de escribir “*frustratorios renglones*” decía a sus detractores y “*solamente quiero acordar a estos que he septenta años y que todo el dinero que ambos adelantados (Pizarro y Almagro) tuvieron, no bastarian a hacerme escribir mentira*”.

Protestas, éstas, acusatorias de por sí, que otros testimonios colaboran a poner en duda. Frente a Oviedo, veedor de minas en Panamá, comprador de esclavos, alcaide de fortalezas coloniales, acusador y cómplice de Pedrarias surgirá siempre vengativa y frenética la figura del Apóstol de las Indias fray Bartolomé de las Casas con el cáustico de sus juicios lapidarios. Al frente de su *Historia de*

las Indias, Oviedo debería haber puesto, según Las Casas, "este libro ha sido escrito por un conquistador, un robador y matador de indios", para que todos supieran su crédito. "Fárrago indigesto — dice el Obispo refiriéndose al desorden narrativo de Oviedo, muy semejante al del propio Las Casas — en que hay tantas mentiras como páginas", "parlería en la que no dice verdad sino cuando habla de los árboles y las hierbas", "capital enemigo" de los naturales. "que nunca abrió la boca en tocando a indios, sino para decir mal de ellos".

Quien tan airados reproches mereciera era un hidalgo letrado, cortesano, humanista, que por equivocación pasó a las Indias. Había nacido en Madrid de antigua familia asturiana, en 1478, fué paje del príncipe Juan, hijo de los Reyes Católicos y, por servir a Lope de Conchillos, Secretario del Consejo del Rey Fernando, aceptó ser nombrado como mandatario y Teniente de éste, Escribano mayor de minas y del crimen, fundidor de metales y marcador de los indios esclavos en Tierra Firme. Se embarcó por ésto con Pedrarias en 1514.

Desde entonces residió alternativamente en América y en España. Le atraían a América su curiosidad incansable de investigador afanoso de conocer los secretos geográficos de las tierras recién descubiertas, los nombres y propiedades de las plantas, la historia y las costumbres de los pueblos sometidos y los hechos mismos de la conquista. Habría que agregar también el oro. Le expulsaban, en cambio, la rudeza del clima tropical, la barbarie y analfabetismo de sus compañeros los soldados y las dificultades de su propio carácter soberbio, apasionado y rencoroso.

A los 10 meses de estar en el Darién, en 1514 se vuelve a España, para acusar a Pedrarias con quien se había enemistado. Regresa en 1520, nombrado Regidor de Nuestra Señora de la Antigua, creyendo que Pedrarias se hallaba fuera del Gobierno, pero éste había recobrado sus funciones por muerte de Lope de Sosa. Oviedo se reconcilió al parecer con Pedrarias, porque vivió de 1520 a 1525 en Castilla del Oro y Pedrarias le nombró aún Teniente de Gobernador en el Darién. Sin embargo, en el juicio de residencia de Pedrarias, el juez le manda "que no diga cosa que toca a Pedrarias Dávila por la enemistad que entre ellos hay".

En 1525 va a España y presenta a Carlos V su *Sumario de la natural historia de las Indias*, primera y pequeña enciclopedia de la historia natural y de la geografía americanas, que le mereció el aprecio de la Corte. Por aquel entonces escribía ya su *Historia General de las Indias*, cuya primera parte — 20 primeros libros — publicó en 1535 en Sevilla. El Rey le había nombrado en 1532 Cronista de las Indias y en 1535 le hizo Alcaide de la Fortaleza de Santo Domingo. En 1537 escribió desde La Española cartas al Rey sobre la guerra entre Pizarro y Almagro, defendiendo a este último. En 1541 estaba en el mando de la fortaleza cuando fué visitada por Vaca de Castro. En 1550 trabajaba en Santo Domingo en terminar su *Historia General de las Indias* y acababa de escribir la parte relativa al Perú — Libros XLIII a XLIX del tomo IV — que quedaron inéditos a su muerte. Escribió entonces a Gasca pidiéndole le informara de sus hechos en la debelación del levantamiento de Gonzalo Pizarro y felicitándole por haber extirpado la “secta pizarreña”. Murió en 1557, en Valladolid.

No obstante sus protestas de imparcialidad, Oviedo es, como historiador, lo que fué en su vida: un hombre de partido, apasionado y lleno de odios violentos. Fué enemigo de Pedrarias, de Las Casas, de Vasco Núñez y de Pizarro; y al primero acusó de haberle hecho dar de cuchilladas. En cambio — rasgo revelador de un complejo de inferioridad — fué amigo y defensor del despojado bachiller Enciso y del infeliz Diego de Almagro.

Oviedo escribe la historia del descubrimiento, conquista y guerras civiles del Perú en estilo y plan desordenados que le hizo decir a él mismo que sus capítulos eran como “compotas” de diversas frutas. Para su historia, recoge generalmente testimonios orales directos de los actores de los hechos, como Diego de Molina para los episodios de Cajamarca, los pilotos de Pizarro para los descubrimientos, el hidalgo Ordóñez sobre la muerte de Pizarro, fray Gonzalo de Carbajal para la primera navegación del Amazonas, la relación del propio Almagro para la conquista de Chile, y para las guerras civiles de la conquista las memorias o testimonios directos de Alonso de Montemayor, las cartas de Pero Ortiz, la relación anónima en defensa de Centeno y las declaraciones verbales de Hernán Mexía de Guzmán, además de su correspondencia particular con el ex-presidente Gasca.

Esta conexión directa con los protagonistas, hace que sus apuntes se mezclen con anécdotas y juicios psicológicos exactos y cáusticos de los personajes que describe. Sobre los conquistadores del Perú a quienes conoció íntimamente, pudo decir "conocí e vi e traté a todos los capitanes que he dicho".

En lo que respecta a la historia de la conquista peruana, lo que colora su relato es su pasión personal contra Pizarro. No hubo entre ellos antagonismo personal, pero Oviedo tomó a pecho la causa de Almagro, fué su apoderado en España y un hijo suyo acompañó a Almagro en la expedición a Chile y murió en la jornada, dando lugar a que Oviedo escribiese una de las páginas más humanas y patéticas de su crónica. Pero lo que resalta más en ella es su resentimiento contra Pizarro y, principalmente, contra sus hermanos, sobre todo contra Hernando, cuya riqueza le irrita profundamente. A pesar de la reiterada protesta del cronista de no guardar ninguna pasión ni rencor contra los Pizarro, su parcialidad contra éstos es manifiesta en toda su crónica. Su antipizarrismo es innegable. Desdeñosamente habla del origen de los Pizarro, diciendo que eran hijos de un escudero pobre y que pasaron a América con una espada y una capa, y deslizándose todavía reticencias sobre los diversos linajes de Pizarros que había en Trujillo de Extremadura, contra el testimonio de Garcilaso, que consigna un solo origen común para todos ellos. Su inquina contra los Pizarros llega hasta maldecir, en uno de los arranques de su pluma al padre que engendró tales hijos para infamia de España. La traición reciente de Gonzalo Pizarro al servicio del Rey no justifica tales apasionados juicios en contra de Francisco que había descubierto y conquistado el Perú, de Hernando y Juan que habían defendido heroicamente el Cusco y del propio Gonzalo que había descubierto las fuentes septentrionales del Marañón. La parcialidad de Oviedo es saltante en todo su relato. En el primer viaje exhibe a Pizarro como queriendo abandonar la empresa en el río San Juan y quedándose sólo por la energía imperativa de Almagro. Al conocer el asesinato de Pizarro no puede contenerse y escribe: "Si Marina bailó, tome lo que halló" y "así acabó este Marqués y Marquesado". Su enemistad capital contra los Pizarro se refleja aún en diversos pasajes de su crónica contra todos los personajes que intervinieron en cualquiera forma al lado o a favor de los Pizarro como el Obis-

po Valverde, a quien ataca duramente (IV, 373) y contra Vaca de Castro, acaso porque fué el castigador de los almagristas después de la batalla de Chupas (IV, 391).

La crónica de Oviedo, no obstante este encono visible, en lo que se refiere a la conquista del Perú, tiene gran valor histórico. Representa el testimonio de actores directos de la conquista y es, además, amena, espontánea, sin la rigidez notarial de otros cronistas. Prescott la considera nó como una historia sino como una colección de notas para una gran historia. Por su apasionamiento y por la forma sucesiva en que se escribió, a raíz de los acontecimientos, podría considerarse también como una primera manifestación del periodismo.

BIBLIOGRAFIA

Manuscrito:

El manuscrito de la crónica de Oviedo se conserva en la Real Academia de la Historia de Madrid y existen copias diversas en otros archivos y bibliotecas españolas.

Obra principal:

Historia general y natural de las Indias, islas y Tierra Firme del Mar Océano por el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, primer cronista del Nuevo Mundo. Publicóla la Real Academia de la Historia, cotejada con el códice original, enriquecida con las enmiendas y adiciones del autor, e ilustrada con la vida y el juicio de las obras del mismo por José Amador de los Ríos, etc.

Madrid. Imprenta de la Real Academia de la Historia.—1855. 4 volúmenes.

Otras obras:

La más conocida y comentada de las obras de Oviedo, aparte de su Historia General, son las *Quincuágenas*. (Esta bibliografía es más sumaria que las otras, por no ser Oviedo un cronista exclusivo de la conquista del Perú, sino ocuparse de ella dentro de una obra general).

FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA

(1511 - 1560 ?)

El clérigo Gómara fué capellán de Cortés en España y no estuvo jamás en el Perú. No obstante ésto, escribió su *Historia Vic-*

trix o *Historia General de las Indias*, una de las más elegantes y documentadas crónicas del hallazgo del Nuevo Mundo.

Poco se sabe de su vida, no obstante la fama de su obra. Dicen que nació en Gómara, cerca de Soria, en Castilla la Vieja, y otros aseguran que en Sevilla. Recibió, seguramente, desde muy joven una esmerada educación humanista, estudiando la filosofía, la teología, la gramática, la geografía, los autores clásicos y ejercitándose en el cultivo del latín. Asegúrase que dictó la cátedra de Retórica en Alcalá de Henares, que profesó en 1530 y que fué en seguida a Italia a beber la cultura clásica y a enriquecer el espíritu en el trato de amistades humanísticas. En Roma fué amigo del historiador germano Saxon Gramatico y es de pura procedencia itálica su entusiasmo renacentista por los viejos textos de Aristóteles, de Strabón, Mela y Plinio y su afán de confrontar la geografía medioeval con la cosmogonía nueva.

En 1540 se sabe estaba en Venecia en el séquito de Hurtado de Mendoza, hijo del Conde de Tendilla. Apenas regresado a España, entró como capellán al servicio del conquistador de México Hernán Cortés y le acompañó a la expedición de Argel. Vive al lado de él hasta la muerte de Cortés en 1547 y continúa luego al servicio de su hijo Don Martín, segundo Marqués del Valle. En Valladolid, probablemente, escribió su *Historia de las Indias*, que se publicó por primera vez en 1552 en Zaragoza. La lectura de su obra, sus juicios y relatos sobre hechos recientes provocaron arrebatos personales. Garcilaso cuenta que un conquistador del Perú, de los más principales y famosos le encontró en una calle de Valladolid y le preguntó a propósito de escenas chocarreras o curiosas entre Carbajal y Centeno, como había sido capaz de imprimir tales mentiras. Gómara se escabulló echándole la culpa a la pasión de sus informantes. Pero el soldado le replicó que para eso estaba la discreción del historiador, el que no debía "*difamar en sus escritos a los que merecen toda honra y loor*". Es sabido también que el soldado Bernal Díaz del Castillo, indignado por la lisonja excesiva de Gómara para Cortés, al relatar la conquista de México, olvidando el esfuerzo común de capitanes y soldados, decidió escribir su *Verdadera Historia de la Conquista de la Nueva España*. Y el Obispo Las Casas llegó a decir que Gómara "*no tenía ojos ni oídos*

mas que para ver y escuchar lo que a su jeneral le placia de dictarle".

En lo que respecta a la historia peruana, la crónica de Gómara tiene un interés primordial. No obstante de que no estuvo en el Perú, recogió datos y noticias que no figuran en otros cronistas. Coincide a menudo de cerca con la historia de Zárate, que se publicó después de la de Gómara, pero se escribió antes, habiendo sido Zárate testigo de parte de los hechos que narra. Gómara pudo haber leído el manuscrito de Zárate, pero refiere hechos que el Contador no consignó. Lo más probable es que Gómara tuviese algún minucioso informante que hubiera estado en el Perú, principalmente en la región de Quito, ya que de su historia proviene una serie de episodios de fuente quiteña sobre los sucesos posteriores a la muerte de Atahualpa, que en él o en Zárate, toman su origen. El Inca Garcilaso tuvo la obra de Gómara como fuente de información y de citas constantes, reconociendo así su innegable autoridad para la historia de la conquista.

Podría pensarse que para la historia del Perú no tendría validez la tacha de Bernal Díaz a Gómara. Pero la misma voluntad de lisonja al capitán de la Nueva España y de rebajamiento del papel de los otros conquistadores, frente a Cortés, se traslada a su relato del Perú. Gómara escribe obsesionado por la idea de amenguar la figura de Pizarro y de hacer creer que el Perú era algo menos que México. Para denigrar al conquistador del Perú en provecho de su héroe, inventó o recogió la leyenda de haber sido aquel cuidador de puercos, que nadie dijo antes y muchos repitieron después. Insiste siempre en la falta de valor de Pizarro y en su rudeza. Escribe a cada rato que Pizarro "temió", "que fué notado entonces de pusilanimidad", que "se demudó" cuando vió entrar a su palacio a los almagristas o que por haber perdido los puercos imaginarios "no osó tornar a casa de miedo", hechos todos contrarios a la verdad. Explicase bien así la cólera del hidalgo peruano de Valladolid. Como salió Bernal Díaz en México, podría haberle salido a la palestra el viejo y rezongón Mancio Serra de Leguísamo, compañero de Pizarro, para decirle como dijo en 1572, en una información hecha en el Cuzco, que Pizarro era "valientísimo como no lo fué otro ninguno". Garcilaso le acusa también de haber amengua-do la personalidad y las hazañas de Pedro de Alvarado, otro po-

sibic émulo de Cortés. En relación al Perú, es idéntica la pueril malicia del clérigo cuando escribe: "así que tan rica ha sido la Nueva España para Castilla como el Perú, aunque tiene la fama él".

La crónica de Gómara, no obstante estos veniales pecados de lícita honrilla, es un oasis de amenidad, de concisión y de clásica elegancia de la frase, en medio del fárrago de los otros cronistas. Tuvo el don de la síntesis, supo narrar con agilidad y brevedad largas y cansadas jornadas y trazar en rasgos rápidos, sugestivos e irónicos, el retrato de sus personajes en frases que tienen siempre un relieve de proverbio o de medalla.

BIBLIOGRAFIA

- 1552.—1ª edición de la Historia — Zaragoza.
1553.—2ª edición — Medina del Campo.
1554.—3ª edición — Zaragoza.
1554.—4ª edición — Amberes.
-

FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS

(1474-1566)

Fray Bartolomé es un exponente legítimo del alma española. El Apóstol de las Indias es la expresión de ese fogoso espíritu de contradicción, de ese dualismo exacerbado, de esa vocación permanente para el cisma y la antítesis que son don y flagelo de España. Pueblo ético por excelencia, el español, sometió su propia obra de colonización, y aún sus propios títulos de dominación a las Indias, al más riguroso examen de conciencia que registra la historia, con la misma implacable y ascética severidad con que su tétrico monarca se registraba el alma de pecados veniales en los claustros del Escorial.

Al protestar contra la crueldad de los conquistadores y encomenderos, al condenar en masa a todos sus hermanos de sangre, al no ver sino el aspecto desfavorable de la colonización, sin reparar en sus beneficios, al reclamar el envío de labradores negros y españoles para que reemplazaran a los indios en las agostantes faenas agrícolas y mineras, el dominico ponía en evidencia el defecto de

su piedad desasosegada y unilateral. Su bondad irritada e iconoclasta no se ejerció nunca ni en favor de los negros ni de sus propios hermanos los españoles. No se emocionaba nunca ante los bárbaros suplicios impuestos por los indios a los españoles que caían en sus manos, infinitamente más crueles que la hoguera y el garrote llevados por los conquistadores a América como una expresión judicial de la Europa de su época, sino que los aprobó in pectore con cierta complacencia vindicativa. El seguía considerando a los indios como niños inocentes, dotados de una dulce e idílica filantropía. Su celo evangélico, como una rueda loca y sin engranajes, se movió también en el espacio imaginario de los procesos, de los debates públicos de Valladolid y de Burgos, pero no descendió a la tierra y se aplicó a removerla en la oscura y paciente tarea del cura doctrinante y del misionero. Sus empresas evangelizadoras fracasaron por inhabilidad suya para la acción y cuando fué nombrado Obispo de Chiapas, no pudo resistir tres años a la mediocridad del pastoreo de almas. Dejó a los indígenas y se fué a España, a perorar, a pelear en la plaza pública y en los púlpitos, a gritar en los Consejos del Emperador, a buscar la acústica sonora de los Concilios y de las justas académicas. Con razón pudo el humilde fraile Motolinia escribir desde su rincón indígena de la Nueva España, donde convivió y fraternizó en pobreza con los naturales, que Las Casas "*no procuró saber sino lo malo y no lo bueno, ni tuvo sosiego en esta Nueva España, ni aprendió lengua de indios, ni se humilló ni aplicó a les enseñar*".

La obra de propagandista de Las Casas fué, no obstante su apasionamiento, de la más grande eficacia para la regularización y moderación de los métodos de la conquista. Impuso a los españoles el reconocimiento de la condición humana de los indios y obtuvo de los reyes disposiciones previsoras y benévolas. Ciertamente es que a veces su celo fué contradictorio y que por pedir demasiado, perdió mucho de lo ya obtenido. Tal es el caso de las Nuevas Leyes de 1531, que produjeron las rebeliones de Gonzalo Pizarro y Girón en el Perú, con sus inmensos derramamientos de sangre, y que, iniciadas para obtener el mantenimiento de las encomiendas, concluyeron con una exacerbación de la dureza de los conquistadores y con el nuevo y más oprimente reparto de Huaynarima, hecho por el propio representante del Emperador. No importa, sin embargo,

que exagerase en sus escritos y desbarrase casi siempre en la acción. Fué, como lo ha dicho el mexicano Justo Sierra, el "hombre necesario" en un período crítico en que los remedios tienen que ser radicales. La pureza de su intención le redime de toda censura y deja fúlgida la aureola de su apostolado.

Como cronista, Fray Bartolomé escribió principalmente tres obras: *La brevisima relación de la destrucción de las Indias*, publicada en 1552 en Sevilla; la *Historia de las Indias*, obra en tres tomos, que dejó inédita a su muerte y comprende la historia del descubrimiento y conquista de América hasta 1520 y no llega, por lo tanto, a la conquista peruana, a la que se refiere en la última página; y la *Apolcética Historia Sumaria*, escrita como apéndice a la anterior y desgajada luego de ella, por su extensión, para formar una obra aparte. La primera obra, traducida a todos los idiomas y divulgada por los enemigos y envidiosos del poderío español de los siglos XVI y XVII, fué el origen de todas las exageraciones y desfiguraciones de la obra colonizadora de España. Es — dice el francés Louis Baudin — un "*panfleto inutilizable para un trabajo científico*". El tercero, como su nombre lo indica, es una apología de la civilización y costumbres de los naturales de América, antes de la llegada de los españoles. Estas dos obras explican bien la polarización del alma de Las Casas: loa y diatriba. Su *Historia de las Indias*, que ordenó no se publicara hasta 40 años de su muerte, no alcanza tampoco las alturas de la serenidad histórica. Es también, como toda la obra de Las Casas, alegato, polémica e hiperbole desmesuradas.

En lo que se refiere al Perú, la obra de Las Casas tiene menos visos de veracidad que en lo relativo a México y el Caribe. Las Casas, venido a América en 1502, con la expedición de Ovando, vivió en Santo Domingo, en Cuba, en México, en Tierra Firme y en Guatemala. Conoció directamente esos territorios y a los actores del descubrimiento y conquista. Pero Las Casas no estuvo nunca en el Perú. Podría aún decirse que tuvo una prevención innata proveniente de su celo apostólico, que le hizo creer que fué la nuestra, tierra especialmente azotada por la sevicia de los conquistadores. En sus escritos habló ya, sin conocerlo, del "*infierno del Perú*". Tuvo como corresponsal sobre la conquista del Perú a Fray Marcos de Niza, quien entró y salió con Pedro de Alvarado del norte del

Perú, y sólo pudo presenciar los métodos drásticos de éste contra los indios de Quito y Puerto Viejo, y no los de Pizarro y sus compañeros, bastante más suaves que los de aquel. Niza, quien en una información hecha en Guatemala por Pedro de Alvarado, tuvo frases capciosas para disimular los agravios de Alvarado a los indios, al escribir a Las Casas silenció el nombre de su jefe, Alvarado, como autor de los atropellos que relata, los que Las Casas considera como privativos de los conquistadores peruanos. No obstante el sufrimiento mayor que Las Casas adjudicaba a nuestros indios, rechazó ir al Perú cuando Carlos V le nombró Obispo del Cuzco en 1543. Un último hecho revela su prevención para todo lo que proviniera del Perú. Garcilaso, el Inka, le vió en 1562 en Madrid y se acercó a besarle las manos, pero cuando supo que era del Perú, se mostró reservado.

Del vasto y enmarañado volumen de la *Apologética Histórica Sumaria*, desglosó Jiménez de la Espada todos los capítulos referentes a las costumbres de los pueblos inkaicos y pre-inkaicos y los reunió en un volumen que tituló: *Las antiguas gentes del Perú*. El compilador comprobó que Las Casas copia en muchas partes a Cieza de León y a la relación anónima atribuida a Cristóbal de Molina. También recibió datos, que son los más interesantes, por poco conocidos, del dominico Fray Domingo de Santo Tomás, quien fué también informante de Cieza. Los datos de Las Casas sobre algunas costumbres de los indios de la costa deben provenir de aquella relación que existe, muy deteriorada en el Archivo de Indias y de otros informantes dominicos que prestan algún valor original a su obra. Las Casas, a pesar de carecer de información personal y directa y de ser generalmente simple trascriptor de otros cronistas, "aderezó" a su gusto el testimonio de éstos como ya lo notó Jiménez de la Espada. Es un racista a su manera. Su obsesión ponderativa de todo lo indígena le lleva a proclamar la superioridad de las razas americanas sobre las que habían creado la civilización occidental y a declarar que el Templo del Sol, con sus piedras desnudas y su techumbre de paja, era superior "a cuantos en el Universo mundo se alaban", llegando al extremo — como lo apunta Jiménez de la Espada — de descalificar al Partenón y a las catedrales góticas. También sobre los ejércitos inkaicos llegó a afirmar que por su orden y justicia, mansedumbre y humildad,

parecían “un concierto de frailes muy regulados”. Fray Bartolomé suprimió — para ésto — la bárbara grandeza de los triunfos incaicos y la entrada de los Inkas vencedores al Cuzco, pisando los cuerpos de sus enemigos y bebiendo chicha en la cabeza del jefe vencido, mientras su cuerpo era convertido en atambor.

Prescott, no obstante su prejuicio racial y puritano, declara que Las Casas “*exagera tan monstruosamente, en lo que se refiere a la violencia y rapacidad de los españoles, que casi incurrió en el ridículo*”. La *Brevisima Relación de la destrucción de las Indias*, a pesar de “la rara extravagancia de sus cálculos numéricos” era una narración que le partía el alma. Ese dolor auténtico que Las Casas recogió de las encomiendas, de los obrajes y las minas, es el que impone su sello nobilísimo a su obra, por encima de las exageraciones y falsedades de sus informantes, de las repeticiones, disgresiones y citas interminables, propias de su estilo.

BIBLIOGRAFIA

DE LA OBRA HISTORICA DE LAS CASAS

- 1552.—Se publica en Sevilla la *Brevisima Relación de la destrucción de las Indias*.
- 1876.—Se edita la *Historia de las Indias*, escrita de 1552 a 1561 y dejada manuscrita desde la muerte de Las Casas y sólo aprovechada hasta entonces por el cronista Antonio de Herrera en 1601. La editaron Fuensanta del Valle y Sancho Rayón en los tomos LXII-LXVI de la Colección de documentos inéditos para la Historia de España. Reeditada por la Casa Aguilar, Madrid, 1927, en 3 volúmenes, con prólogo de Gonzalo de Reparaz.
- 1892.—Jiménez de la Espada publica en Madrid, con notable prólogo suyo, *Las antiguas gentes del Perú* (Tomo XXI de la Colección de Libros españoles raros o curiosos). Hecho de fragmentos de la *Apologética Historia Sumaria*.
- 1909.—Serrano y Sanz publica la *Apologética Historia Sumaria*, escrita por Las Casas en 1561. (Tomo XIII de la Nueva Biblioteca de Cultura Española, Madrid).

Otras obras:

De unico vocacionis modo, (1536 (?).—Tratado en que demuestra que el único modo de propagar la religión es la persuasión y que la guerra a los infieles, bajo el pretexto religioso, es injusta y tiránica.

Los dieciseis remedios, (1540).—Memorial al Rey, defendiendo la libertad de los indios.

Apología.—Escritos refutando al cronista y teólogo Juan Ginés de Sepúlveda, quien en su *Democraetes* había sostenido la justicia de las guerras hechas a los indios y la servidumbre natural de éstos.

Confesonario.

Tratado comprobatorio.—Polémica con Sepúlveda.

Referencias:

Quintana, Manuel Fco.—Vida de españoles célebres, Madrid 1833, t. III. Biblioteca de Autores Españoles, Tomo XIX.

Llorente.—Introducción a las obras de Las Casas.

Heps, A.—The life of Las Casas, London, 1867.

Fabio, A. M.—Vida y escritos de Las Casas, Madrid, 1879.

Mac Nult, F. A.—Bartholomew de las Casas; His life, his apostolate and his writings.

Prescott, W.—Conquista de México.

Means, Ph. A.—Biblioteca Andina.

Valle, Rafael Heliodoro.—San Bartolomé de Las Casas — México, 1926.

Marcel Brion.—Bartholome de las Casas — Pére des Indiens — Paris, 1927.

Las Casas y Vargas Machuca.—La Destrucción de las Indias y Refutación a las Casas — Paris, Bouret.

Raúl PORRAS BARRENECHEA.